

# AMOR CRISTIANO Y LUCHA DE CLASES

Los grupos de cristianos que han venido sucediéndose en las diversas etapas históricas no han pensado ni actuado siempre de la misma forma. En cada época se han enfrentado y solucionado problemas muy dispares. La situación vital y la forma de actuar de los cristianos que vivieron en tiempo del emperador Trajano era distinta de los que tuvieron la suerte de vivir en tiempo de Constantino. En las comunidades fundadas por Pablo surgían dificultades doctrinales de acuerdo con el ambiente ideológico y geográfico en el que se desenvolvían. Los sinópticos y Juan salen al paso, en sus escritos, a problemas cristológicos que surgieron ya en su tiempo.

Si saltamos a la Edad Media, vemos cómo los conocimientos científicos de entonces condicionaban el modo de entender a Dios y a la Escritura. Lo religioso en esta época tiene unas características muy especiales que todos conocemos. Podríamos continuar mirando, así por encima, el largo camino de veinte siglos de cristianismo en continua confrontación con la cultura y los hombres de su tiempo.

Con estos datos quiero llegar a la conclusión de que cada época histórica expresa las verdades evangélicas con las categorías sociológicas de su tiempo. A medida que pasan los siglos el hombre descubre nuevos valores, nuevas maneras de pensar que ayudan a una mayor comprensión de los valores eternos del evangelio. No creo que se pueda deducir de aquí un relativismo de las verdades reveladas. Como afirma J. Castillo, "más bien, debemos decir que la comprensión y la presentación del Mensaje cristiano está siempre inevitablemente condicionada por la evolución de la historia y de la cultura. Lo cual no es relativizar el Mensaje cristiano, sino aceptar su inserción en la historia humana y su progresiva comprensión por parte de la Iglesia" (1).

El tiempo en que nos ha tocado vivir nuestra fe, no se halla ajeno a este laborioso e inseguro trabajo de presentar un nuevo rostro del evangelio. Han surgido nuevos valores, nuevas ideologías que cuestionan al cristiano, tanto en el plano personal como colectivo. El ser creyente no es ya un lujo que añadido a mi vida, como mañana me puedo hacer so-

cio de un club de pesca. No se puede aceptar la religión "como se acepta cualquier otra institución cultural, recibéndola del ambiente y sin hacer de ella objeto de crítica y de elección personal" (2). Una persona que profese esta religión estará siempre en inferioridad de condiciones ante doctrinas que presentan como objetivo un programa de crítica y eficacia en la sociedad.

La actitud del hombre de nuestro tiempo ante el mundo es dinámica. Sabe que es capaz de hacer cosas grandes, pero al mismo tiempo ha tomado conciencia de la situación degradante en que aún se encuentra el hombre. Mi amigo José Godoy López describe así esta situación del hombre: "nos encontramos con la presencia del mal; ese mal que para el cristiano es el pecado... Los hombres no confiamos unos en otros. Por eso criticamos, engañamos, mentimos, mordemos y hasta devoramos, si es preciso. Nos encontramos en un mundo de desconfianza y de recelo. La estafa y el engaño son un valor; la mentira se considera inevitable; las formas sociales de "educación" están basadas en la hipocresía... Y no hablemos del poder. El valor absoluto en nuestro mundo es el poder... Todo aquello que nos sitúa en posición de privilegio para dominar, vivir mejor y aprovecharnos del que está más abajo" (3). Junto con todo esto, las enormes desigualdades sociales, tanto políticas, económicas y culturales, a nivel nacional e internacional, llaman poderosamente la atención.

Como solución a todos estos problemas han surgido grupos de hombres, con sus ideologías y tácticas respectivas, prometiendo acabar con todo este desorden establecido. Entre estas ideologías es el marxismo el que ha echado más profundas raíces. Con su confrontación creo que se ha enriquecido el cristianismo, adquiriendo una dimensión más horizontal, al mismo tiempo que ha sufrido fuertes crisis. Ha dado lugar a que la presencia cristiana en grupos de liberación haya puesto al descubierto a quienes se designaban con el nombre de "cristianos" para mantener situaciones opresoras. A la fe se le ha dado una exigencia de transformación personal y colectiva. Una fe que no es "pura afirmación intelectual, sino toda una praxis comprometida, de cuya resultancia surge el único tipo auténtico de creyente cristiano" (4).

Me parece que el marxismo nos ha hecho caer en la cuenta de que la escatología y la esperanza cristiana no pueden conducir a una evasión de los problemas del mundo. Por desgracia en otras épocas así ha sido. Es lo que dio base a la famosa frase de Marx: "la religión es el opio del pueblo". No es cristiana la espera pasiva de la venida del Señor. La esperanza cristiana no se puede desligar de la esperanza histórica, sino que le da un sentido mayor. Un no creyente que no viese realizadas sus esperanzas en esta tierra, vería totalmente fracasada la historia y su vida. Para el creyente no sucede así. No supondría una frustración total, porque nuestra esperanza no está sólo en la tierra, ni todo se acaba con la muerte. El profesor Díaz-Alegría dice a propósito de la esperanza: "Una concepción de la esperanza cristiana totalmente desligada de la esperanza histórica es falsa, desde el punto de vista del genuino cristianismo. Algunos no tienen esperanza histórica, y su modo de entender la esperanza cristiana confirma su desesperanza histórica" (5). Recordemos algunas frases del Juicio Final, en el capítulo 25 de

S. Mateo: "Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber..." El tiempo de dar de comer y de beber es el histórico. En la vida eterna seremos como ángeles y entonces nadie necesitará ayuda.

El mandamiento nuevo cristiano, el amor —tan nuevo, ironizan algunos, que aún no se ha estrenado— también ha adquirido nuevas dimensiones. Nos hemos dado cuenta que amar, muchas veces, no es dar limosnas y visitar los barrios de los pobres. Amar de verdad es crear unas estructuras para que no sea necesario dar limosnas ni tengamos que visitar barrios de pobres. Amar no son actos aislados, sino una actitud que no nos debe dejar descansar mientras algún hombre padezca opresión y violencia. Ni debe ser ambiguo o etéreo. Si amamos a los que sufren injusticias, el mejor amor es participar en la lucha que mantienen por su liberación. Y si amamos a los que mantienen situaciones de injusticia, el mejor amor para con ellos es evitar que sigan creando estas situaciones. Están destrozando, quizá sin saberlo, los planes de Dios que quiere un orden en el mundo pero montado sobre la justicia. Como dice Girardi "el cristiano debe amar a todos, pero no a todos del mismo modo: al oprimido se le ama defendiéndole y liberándolo, al opresor acusándolo. El amor nos exige luchar para librar a todos los que viven en una condición de pecado objetivo. La liberación de los pobres y de los ricos se realiza al mismo tiempo". Entonces tenemos que "el mandamiento del amor se convierte en mandamiento de la transformación activa y radical del mundo, de la liberación del hombre de toda alienación" (6).

No podemos hablar de esta dimensión de compromiso temporal, que el marxismo ha dado al amor cristiano, sin abordar el problema de la lucha de clases. El marxismo no ha hecho nada más que constatar algo que se daba incluso antes de su nacimiento. Negar esta realidad en nuestra sociedad me parece ingenuo. En toda organización política, económica, social e incluso religiosa hay intereses opuestos. Es como una ley histórica y un factor importante en la evolución histórica. Y para vergüenza del cristianismo, esas diferencias y esa opresión que causa la lucha se dan entre nosotros los cristianos, los que decimos profesar una religión que predica la igualdad y la justicia.

Son los militantes cristianos, comprometidos en la lucha por la liberación de la clase obrera, los únicos que podrían tratar con derecho este tema. Ellos son los que saben de sufrimientos, de persecución, de opresión. Debe ser doloroso, para estos cristianos, la no aprobación de esta lucha feroz, a la que han consagrado su vida desinteresadamente. ¡Oír decir que las distintas clases sociales no tienen intereses opuestos sino convergentes!

Ya hemos hablado más arriba de cómo entendemos el amor cristiano para con los que crean estas situaciones de opresión a los demás. Se les ama combatiéndolos, pero sin odio. He aquí la gran aportación cristiana a la lucha de clases marxista. El odio, la instrumentalización de las personas, todo lo que rebaje o dañe moral y físicamente a otro no es cristiano. Por eso "lo que el cristiano echa en cara al marxista, en último término, no es que sea humanista, sino que no lo sea suficiente-

mente... En una palabra, se pide al marxista una mayor fidelidad al hombre" (7).

Esta imagen de violencia, sangre etc. es un motivo por el cual la Iglesia rechaza el hecho de la lucha de clases. Es algo por lo que los cristianos no pasamos. Pero para eso vino Cristo. Para dar sentido y perfeccionar la obra humana. El que hasta ahora haya sucedido así, no quiere decir que en adelante deba ser igual. El cómo se lleve a cabo este hecho social puede y debe cambiar. Es obligación de los cristianos cambiarlo.

Pero existen, además, motivos de índole cultural que hacen mirar con recelo la lucha de clases. "Supone concretamente una visión de la realidad estática, jerárquica —es decir, con relaciones de dependencia entre los hombres, establecidas por la naturaleza— y providencialística —es decir, que atribuye los cambios únicamente a la iniciativa de Dios, por tanto, pone al hombre delante de un mundo ya hecho y de una sociedad establecida—" (8). En esta visión no cabe el dinamismo humano. Incluso el cambiar el cauce de un río está prohibido, pues trastoca el orden puesto por Dios en la naturaleza. Una religión con esta concepción es la adecuada para la conservación del orden social establecido. Con razón denuncia el marxismo, si esto fuera así, "que efectivamente la religión forma parte de la cultura burguesa, ya que está creada por las exigencias de la lucha de clases como instrumento de conservación" (9).

En esta confrontación cara a cara de cristianismo y marxismo vemos que el amor se ha hecho más profundo. Y a la lucha de clases se le ha despojado de los elementos que hacían necesaria la conexión entre lucha y odio. El que debemos amar no quita que luchemos contra los enemigos, ya sean grupos o personas, que mantienen en la opresión a nuestros hermanos. Así formula Girardi esta exigencia: "El evangelio nos manda amar a los enemigos; no nos dice que no los tengamos o que no los combatamos. De esta forma aparece claramente al compatibilidad entre amor y lucha de clases... El amor sólo no excluye la lucha de clases, sino que la exige. No se puede amar a los pobres sin alistarse a su lado en su lucha por la liberación" (10).

Indudablemente este cristianismo no es el tradicional, de ritos y prácticas para conseguir la salvación eterna. Ahora se hace más inteligible el por qué la fe es un don de Dios. Sin su fuerza es imposible hacer vida propia las exigencias de este amor. Tampoco nuestros hermanos separados son sordos a este nuevo Pentecostés. En la IV Asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias, celebrada en Upsala en 1968, se dijeron frases como esta: "es ya hora de que nos demos cuenta de que un miembro de la Iglesia que rehusa prácticamente echar sobre sus hombros la responsabilidad de los desheredados de la fortuna, vengan de donde vinieren, es tan culpable de herejía como pueda serlo quien niega cualquier artículo de nuestra fe" (11).

No podemos aducir citas del evangelio que confirmen de una manera explícita esta interpretación del cristianismo. Pero creo que es difícil reducir toda la riqueza del evangelio al puro dato escriturístico.

Igual se podría decir de las encíclicas sociales de los últimos pontífices o del dogma de la Immaculada.

Tampoco encontramos en la Biblia la solución a todos los problemas planteados en nuestro mundo, pero sí se encuentra en el mensaje de Jesús un espíritu y unas grandes directrices que posibilitan una solución. Solución que debemos buscar todos nosotros. "La comunidad cristiana tiene, por consiguiente, el deber, bajo la dirección del magisterio, de completar en este campo "lo que falta" a la intervención divina que continúa animando la historia. La fidelidad del cristianismo a sus orígenes no puede ser simplemente conservadora, sino que tiene que ser creadora. Lo que los cristianos tienen que echarse en cara no es sólo el haber perdido de vista algunas verdades antiguas, sino el no haber descubierto otras nuevas cuando las nuevas situaciones lo hayan exigido" (12). Esto es lo que pretendo apuntar en este artículo: es necesario buscar una nueva actualización del Mensaje de Cristo. Es una búsqueda, y toda búsqueda lleva consigo el riesgo del error. Es urgente encontrar nuevos caminos. Que nadie tenga que abandonar la Iglesia. Debemos pensar que, si la clase obrera y los pobres de nuestro tiempo abandonan la Iglesia, sería un signo de que nuestra iglesia no es fiel a Cristo.

Por último quisiera hacer una llamada a la humildad y a la honradez: admitamos que no sólo nosotros tenemos la verdad. La sociedad puede encontrar y de hecho encuentra valores y soluciones que nosotros los creyentes tenemos que asimilar e integrar en el Mensaje de Salvación. En este sentido no podemos negar que "la evolución de la humanidad estimula la evolución misma del cristianismo y, por consiguiente, que movimientos como el marxismo, nacidos en polémica con la religión, favorecen sucesivamente su proceso de maduración y enriquecimiento" (13). Del mismo modo me parece acertado, aunque un poco duro, el juicio de Víctor Manuel Arbeloa sobre la última carta apostólica, "Octogésima Adveniens", al hablar sobre el marxismo: "La alusión negativa a la lucha de clases me parece poco seria, copia del viejo *cliché*. Me parece poco honrado y hasta injusto no reconocer de una vez la inmensa aportación del marxismo a nuestro mundo, sin olvidar, claro, sus muchos disparates y deficiencias" (14).

En la vida de Martín Luther King podemos observar cómo asimiló e integró un valor, una idea nacida fuera del marco cristiano: la no-violencia activa. En su obra "La fuerza de amar" nos lo explica de esta forma: "A medida que penetraba en la filosofía de Gandhi, mi escepticismo respecto al poder del amor decrecía gradualmente, y por primera vez me di cuenta de que la doctrina cristiana del amor, actuando a través del método gandhiano de la no-violencia, es una de las armas más potentes de las que dispone un pueblo oprimido en la lucha por la libertad" (15).

Los cristianos debemos estar muy atentos a los signos de nuestro tiempo. Conocedores del Mensaje de Salvación, somos más responsables que ninguno en ser fieles a él. No demos lugar, por nuestra parte, a que se cumpla en nosotros la acusación de Pablo a los judíos de su tiempo: "...el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones" (Rom. 2,24). No vaya a suceder que un nuevo pueblo gentil venga a ser el heredero de las promesas.

## NOTAS

- (1) CASTILLO, J. M.: *¿Hacia dónde va el clero?* Madrid, PPC 1971, nota 18 b.
- (2) GIRARDI, Julio: *Marxismo y cristianismo*. Madrid, TAURUS 1970, pág. 168.
- (3) GODOY LÓPEZ, José: *Mi peregrinación hacia la no violencia*, Vida Nueva n. 818 (1972) 25-27.
- (4) GONZÁLEZ RUIZ, J. M.: *Crear es comprometerse*. Barcelona, FONTANELLA 1969, pág. 81.
- (5) DÍEZ-ALEGRÍA, J. M.: En el prólogo al libro de Girardi, ver nota 6.
- (6) GIRARDI, Julio: *Amor cristiano y lucha de clases*. Salamanca, SIGUEME 1971, págs. 57 y 55.
- (7) GIRARDI, J.: *Marxismo y cristianismo*, págs. 186-187.
- (8) GIRARDI, J.: *Amor cristiano y lucha de clases*, pág. 88.
- (9) *Ibid.*, pág. 89.
- (10) *Ibid.*, págs. 94-95.
- (11) JAVIERRE, A. M.: *Upsala 1968: el diálogo ecuménico bajo el signo de la antropología*. Rev. Esp. de Teol. 28 (1968) pág. 287.
- (12) GIRARDI, J.: *Marxismo y cristianismo*, pág. 182.
- (13) *Ibid.*, pág. 183.
- (14) ARBEOLA, V. M.: *Ni bobaliconería, ni rabietas. Seguir en la brecha*. Mundo Social, 189 (1971).
- (15) KING, M. L.: *La fuerza de amar*. Barcelona, AYMÁ 1970, pág. 155.